

“TENGO EL ORGULLO DE MIRAR
HACIA ATRÁS Y SABER QUE
SIEMPRE DIMOS LO MEJOR.”

José Censabella

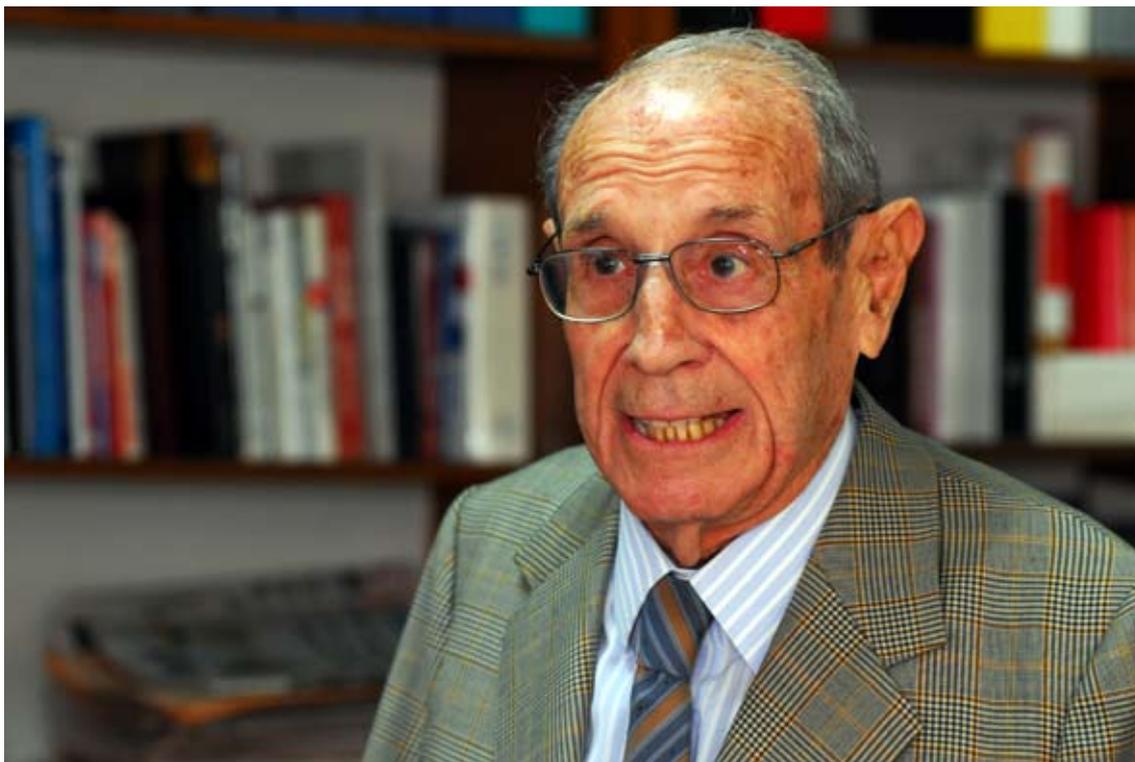
Los orígenes

Nací en Rosario el 25 de mayo de 1923, en una familia de inmigrantes Italianos con tradición metalúrgica. Mi padre —José Censabella— llegado ya a la Argentina, había trabajado en una fundición en pos de un futuro mejor para los suyos.

Mi infancia transcurrió en el Chaco, donde mi familia tenía un comercio bastante común en aquella época: un almacén de ramos generales. Regresé a Rosario para mis estudios secundarios en el Superior de Comercio —escuela muy prestigiosa por aquellos años— y comenzar luego la universidad. Seguí Ciencias Económicas en la UNR y me gradué de contador. Durante un tiempo trabajé como profesional, hasta que me contrataron en una empresa constructora.

Mi militancia junto al desarrollismo de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio me llevaron a ser Director del Banco Central, cosa poco frecuente en aquellos años en profesionales tan jóvenes. Esta actividad me llevó a vincularme con una pequeña fábrica de la localidad de Pérez, en el cruce de las rutas 33 y 14 del conurbano rosarino. La empresa había nacido en el '53, con la visión de producir componentes para ferrocarriles, dado que en Pérez se habían instalado importantes talleres ferroviarios, que proporcionaban gran parte de la actividad laboral a los pobladores. Luego, agregaron otras operaciones, como la fabricación de implementos para maquinaria agrícola.

En el '59, me asocié a la compañía, que por ese entonces contaba con unos pocos trabajadores. Así quedó conformada la firma Sipar Laminación de Aceros S.A. Mis otros socios eran gente de fábrica. Yo, en cambio, tenía una ambición: quería introducir a Sipar nuevas nociones administrativas y comerciales y, de ese modo, ampliar la visión del negocio hacia la siderurgia. Si mis planes resultaban, haría congeniar la disciplina en la que me había formado a través de mis estudios con el desafío al que me enfrentaba la reciente faceta empresarial a la que me había lanzado.



Haciendo industria en la Argentina

Sipar fue atravesando distintas etapas, sujeta a los avatares de la realidad económica argentina. Con el tiempo, nos convertimos en un importante fabricante de clavos, trefilados, mallas y laminados en frío. A fuerza de trabajo y de la reinversión continua de nuestras utilidades en la incorporación de tecnología de punta, llegamos a ser el segundo jugador nacional en aceros para la construcción, después de un gigante como Acindar.

En el '98, nos asociamos con el Grupo Gerdau de Brasil, uno de los líderes mundiales en producción de acero. En portugués, "socio" y "amigo" se dicen parecido. Y con la familia Gerdau tuvimos una empatía inmediata. Empezamos siendo sus clientes; luego, nos convertimos en amigos; y finalmente en socios.

El acuerdo estipulaba una transferencia gradual del paquete accionario de Sipar a lo largo de varios años. Así, en 2005, los socios fundadores acabamos retirándonos de la empresa, y la propiedad quedó enteramente en manos de Gerdau.

El tallercito en el que habíamos comenzado en la década del '50 se había convertido en una importante fábrica, con 400 operarios y tecnología de punta, integrada a una de las principales multinacionales siderúrgicas.



Un nuevo proyecto

Tras mi retiro de Sipar, yo no podía concebir una vida lejos de la producción. Es que la industria me apasiona. Así que un año después, con mi hijo José Carlos, concebimos un nuevo proyecto: Vulcamet, una fundición especializada en hierro gris y nodular.

Primero, nos propusimos comprar una fundición en funcionamiento. Pero no encontramos ninguna que cumpliera con nuestros estándares. La mayoría eran obsoletas. Así, en 2006, decidimos armar la empresa de cero, con la visión de producir componentes en grandes volúmenes para las terminales automotrices.

En Luis Palacios, a escasos kilómetros de la ciudad de Rosario, montamos una planta completamente robotizada, con tecnología danesa, alemana e italiana, y pasamos los exigentes procesos de validación que las terminales exigen a sus proveedores.

Después de mucho trabajo, Vulcamet finalmente se puso en marcha en 2008. Tiene una nave principal de 4000 m² cubiertos sobre un predio de 10 hectáreas, a la vera de la ruta 34. Con un plantel de unos 70 empleados, fabricamos campanas para frenos, cajas de transmisión, válvulas y otros componentes para la industria automotriz y la maquinaria agrícola.

La joya del proyecto Vulcamet es una moldeadora de origen danés, de última generación, que permite automatizar el proceso de colada, ganando rapidez y

precisión. Esta tecnología, que requiere personal altamente capacitado, es clave para enfrentar los nuevos desafíos de competitividad.

Un orgullo

Desde el año 1995 funciona en el Parque Industrial Alvear, en las afueras de la ciudad de Rosario, el Centro Tecnológico José Censabella, una asociación Civil sin fines de lucro que acompaña a la industria a través de programas innovadores de formación, programas de asistencia técnica y servicios tecnológicos, contribuye a su desarrollo y responde a las necesidades del sector productivo de la región.

Este establecimiento, que tengo el honor de que lleve mi nombre, es un Centro Tecnológico de vanguardia y vasta experiencia. Se fundó para dar respuesta a las necesidades de empresarios, directivos, profesionales y trabajadores del sector industrial.

Las clases se dictan en aulas - taller, y los cursos —subvencionados por el Ministerio de Trabajo— son sin costo para quienes se encuentren desocupados, ocupados informalmente y para los jóvenes que deseen insertarse en la faz laboral.

El legado

Con Carmen, mi esposa, tuvimos tres hijos: Nora, José Carlos y Marisa.

Mi hijo José Carlos es el Presidente de Vulcamet; y mis dos hijas también participan en la empresa.

Me alegra ver que en este proyecto familiar hay continuidad. Lo hacemos porque la industria nos apasiona. Por eso, apenas nos retiramos de Sipar, iniciamos el proyecto de Vulcamet, porque el mundo de los fierros nos atrapó.

Esta misma pasión es la que he intentado volcar en todas mis actividades, como en el gremialismo empresario donde he tenido una colaboración destacada en ADIMRA y en el Consejo Directivo de la Unión Industrial Argentina. Desde estos ámbitos, he intentado difundir un mensaje de desarrollo e industria.

Viendo en perspectiva este largo camino, me gustaría que me recuerden como una persona de conducta, como alguien serio para el trabajo y leal a su gente. Hay obreros que estuvieron décadas conmigo. En todas las crisis que hemos atravesado, siempre intenté preservar los puestos de trabajo de los que me acompañan.



Aun cuando siempre me apasionó el trabajo, también tuve otros intereses. Durante muchos años me gustaba reunirme con mis amigos en un bar, a comentar la realidad desde la economía y la política. A veces, llegaba la hora del balance. Cierta vez me preguntaron qué cosa me producía más orgullo. Mi respuesta fue *“mirar hacia atrás y saber que siempre dimos lo mejor”*. Hoy sigo sintiendo lo mismo.